

decidí encarar un conflicte com la Guerra de Successió.

Per altre costat, l'autor pensa que es podria matisar la idea d'autors consagrats com ara J. Vicens Vives, F. Soldevila o P. Vilar, sostinguda fins avui dia sense cap problema per molts altres historiadors, en el sentit que el projecte i la lluita dels catalans des de 1705 aspirava a tenir una dimensió espanyola, ja que s'intentava, doncs, intervenir en el destí polític de tots els regnes de la península Ibèrica. Potser, ens diu l'autor, això seria veritat en el cas de la burgesia catalana austriacista, clarament antifrancesa per motius polítics i comercials i amb ganes de poder intervenir directament en el comerç colonial hispà, però gens en el cas d'altres sectors de les classes dirigents catalanes o de les classes mitjanes, tant rurals com urbanes.

Poques guerres van ser més generadores de sentiments identitaris, i contraidentitaris, com la Guerra de Successió. Ja sigui per l'aferissada oposició política entre les

opcions absolutista i parlamentarista, o a causa de tots els excessos comesos durant la guerra, sentiments encara més estesos entre tota la població catalana, si bé el més lògic és pensar que aquestes dues fonts de contraidentitat se sobreposaven i actuaven de manera conjunta, el cert és que al Principat no ocupat per les armes borbòniques el 1713-1714 va triomfar finalment l'opció de la lluita a ultrança. La derrota a la guerra no va acabar amb la nació catalana, però és molt clar que el model polític imposat per la força de les armes, ens diu l'autor, aspirava a dotar el conjunt dels regnes que havien conformat fins llavors les corones d'Aragó i Castella «d'una forma institucional, legal i nacional unificada». És a dir, que només gràcies a una guerra guanyada per Felip V, el vell ideal de G. López Madera «España es toda un solo reyno» va ser una realitat.

Antonio Espino López

Universitat Autònoma de Barcelona

BARRIO GOZALO, Maximiliano (2004). *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 482 p.

Este libro supone la condensación de un cuarto de siglo de esfuerzos interpretativos sobre la Iglesia española hechos por Maximiliano Barrio Gozalo, uno de los especialistas más destacados en su jerarquía, sobre todo episcopal, de la época moderna. A través de un esquema estructuralmente tripartito, el profesor Barrio Gozalo sitúa, en primer lugar, la organización genérica del funcionamiento del clero, enfatizando en las provisiones episcopales, tanto en su vertiente teórica —condicionada por los derechos de patronato y presentación— como en su praxis, representada por los criterios que las regían y la mecánica con que se aplicaban.

Como el mismo autor reconoce, los dos siguientes apartados de su análisis profundizan, de manera global e integradora, en

sendos caminos metodológicamente abiertos, entre otros, por Manuel Cuenca Toribio —el de la sociología eclesiástica— y Antonio Domínguez Ortiz —el de la economía centrada en las rentas de los obispos—. En ambos, Maximiliano Barrio se manifiesta escrupuloso en el uso y la explicación de unas fuentes variadas que le aportan una visión multifocal y que relaciona, a modo de repertorio, al final del volumen. En cuanto a la sociología propiamente dicha, además de desarrollar, de forma exhaustiva, la diversidad de orígenes —geográficos, socioeconómicos y culturales— de los obispos españoles del Antiguo Régimen, el autor continúa su prosopografía con las edades episcopales y la evolución en el ejercicio de sus respectivos cargos. El jalonar con algu-

nos modelos concretos este capítulo socio-lógico añade atractivo a un estudio que, con todo, elude el simplificar en meras cifras las humanidades de las que trata, compaginando el necesario cuantitativismo con las personificaciones que permiten entender mejor los datos. El caso de Ramón de Arce, por ejemplo, además de para lo escrito, es ideal para captar la dificultad de estudiar la Guerra de la Independencia. De igual suerte, a ojos de la plebe, los tratos dispensados a ciertos obispos —como Pedro de Santiago— por ambas las partes en liza durante la Guerra de Cataluña debieron ser una pintura diáfana de quien mandaba y seguramente avalarían ciertas afirmaciones atemporales de Maquiavelo y Hobbes sobre la importancia de tener poder coercitivo.

El tercer apartado, dedicado a la economía de las mesas episcopales, se vuelve a dividir en tres para volcarse en la naturaleza y el carácter de las rentas y los sistemas de administrarlas. En su descripción de la índole de las rentas y en los medios de administrarlas, el profesor Barrio Gozalo se detiene en explicar cada una de las diócesis que integran las diferentes provincias eclesiásticas de la Corona de Aragón y de la Corona de Castilla, respectivamente. La misma vertebración territorial se encuentra en cuanto al tipo de renta, diseccionada en renta bruta, líquida y disponible. Analizando las fuentes y su grado de fiabilidad, el profesor Barrio Gozalo nos permite adivinar como las prioridades políticas de unos reyes que habían efectuado abundantes donaciones a la iglesia medieval cambiaron diametralmente a lo largo de la época moderna, en que se invirtió la tendencia hasta llegar a su cénit con las desamortizaciones del XIX. Al respecto, resulta interesante el contraste de las reacciones de los nuncios y de los diferentes obispos que se integraban en territorio peninsular. Después de este estudio detenido de cómo se articulaban las relaciones económicas —verticales y horizontales— en cada diócesis, se llega a la conclusión de que la desunión entre diferentes familias clericales fue un factor que

propició la incidencia de los ataques desde fuera y que «la alianza entre el altar y el trono» es una simple agrupación de sustantivos, siendo la realidad mucho más compleja. Probablemente, el enorme monto en propiedades fue lo que permitió a la Iglesia resistir las demandas, más acuciantes a medida que se dificultaba el acceso a otras fuentes de riqueza, de su supuesto aliado.

El libro acaba, amén de con un útil índice onomástico, con el listado de sus actores a guisa de sendos apéndices que integran, el uno, la relación de los obispos residenciales españoles de 1556 a 1834 por orden alfabético de su primer apellido y, el otro, el elenco de los mismos obispos siguiendo un orden clasificatorio en base a las diócesis ocupadas por ellos.

La coherencia con esta línea de investigación que ha convertido a Maximiliano Barrio en uno de sus máximos especialistas, se deja ver en el planteamiento genérico, tanto como en los pequeños detalles reflejados en la escritura de su autor. Buen conocedor del medio eclesiástico, el profesor Barrio nos ilustra en este volumen no sólo acerca de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, sino también en la propia dinámica secuencial de ésta última. Así, podemos aprehender como las rivalidades entre obispo y cabildo catedralicio terminaron repercutiendo en asuntos como las divisiones o erecciones diocesanas. Igualmente, la lectura de sus páginas permite captar cómo los señores locales se adaptaban a cuanto era decidido por su homónimo central. O qué tipos de pretexto para justificar sus intenciones utilizaban estos poderes y el valor que tenían para ellos los precedentes legales, que, por otra parte, se podían romper o, al menos, sortear por quien era lo suficientemente poderoso. Al respecto, el profesor Barrio Gozalo no se deja engañar por el camuflaje de las grandes palabras y los sentimientos sublimes e identifica con precisión la mecánica *real* de provisión de las vacantes y otros fenómenos de complejo calado social, como la capacidad de adaptación, tanto vaticana como eclesiástica o

administrativa en sentido amplio, vital si quería sobrevivir a los frecuentes vaivenes políticos. En el primer sentido, frases como «entre los obispos que rigen las diócesis españolas se encuentran algunas carreras fulgurantes, debidas al favor y a la cuna, y otras más lentas y trabajosas debidas al mérito», acompañando a una amplia explicación que las justifica, resultan, simplemente, exactas¹.

Hacía falta un volumen como éste para apercibirse de cuan semejante es la dinámica española en cuanto a las relaciones entre la Iglesia y el Estado a ciertos procesos europeos. Leyendo las palabras con que Maximiliano Barrio ilustra alguno de sus ejemplos, uno no puede por menos que comparar la similitud de lo acaecido a lo largo del siglo XVIII y su corolario en Cádiz a principios del siglo XIX con la revolución desde arriba de Enrique VIII de Inglaterra, el rey que consiguió crear una burocracia clerical casi enteramente fiel —y sojuzgada— al poder civil. Asimismo, el extracto discursivo de Muñoz Torrero contiene el eco de las teorías regalistas de Omar Talon. Compárese, si no, su «la autoridad civil puede ordenar y cambiar la disciplina eclesiástica cuando lo crea conveniente en aquellos puntos que de algún modo miran a los intereses del Estado y del príncipe» con las aseveraciones del antiguo abogado general del Parlamento de París, según las cuales «[...] los eclesiásticos pueden ser considerados bien como tales ministros de Dios o bien como simples ciudadanos [...] Bajo este segundo aspecto están tan sometidos al rey, es decir, al magistrado político, como los demás súbditos, ni más ni menos, y si tienen algunos privilegios no deben olvidar que del mismo Rey los han recibido, pues nacieron súbditos antes de ser eclesiásticos [...]

los fondos eclesiásticos no pertenecen a la Iglesia más que en nombre de subvenir a cargos reales [...]»². El cotejo entre dinámicas europeas quizá depararía alguna otra sorpresa, como la apuntada por Maximiliano Barrio a propósito de la procedencia segundona de la nobleza no titulada de tantos prelados españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII, menos clasista que la de sus homónimos franceses o polacos.

Este libro es un ejemplo de equilibrio empírico e interpretativo, ya que, si bien su autor parte de un esquema organizativo claro, se deja entrever que ha sido lo suficientemente flexible con él como para dejar que la documentación hallada dote de lógica, cronológica y factual, sus resultados. Asimismo, si consideramos que el lector medio cuando lee quiere saber y no entretenerse en aprender a base de operaciones matemáticas, es un acierto —que debería imitarse— que el profesor Barrio haya asumido la ingrata tarea de unificar pesos y medidas en pro de la mejor comprensión de las cifras con las que trabaja. Esta capacidad didáctica se muestra de nuevo en los cuadros sinópticos con los que clarifica a menudo sus deducciones y en la precisión y sencillez con que explica determinados términos jurídicos —como derecho de resulta o presentación— de complicada jerga en sus fuentes originales. Esta amenidad de Maximiliano Barrio, junto a la franqueza y al tono mundano, indulgente y comprensivo con los que explicita los casos puntuales —o estructurales— de corrupción —a todos los niveles—, convierte a su densa y trabajada criatura en un texto de asimilación agradable.

El lector que deje de lado al centrarse en estas páginas la prudencia y el respeto que acompañan siempre a su autor, llegará a una aserción lógica al terminar con ellas:

1. BARRIO GOZALO, Maximiliano (2004), *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, p. 108.
2. Las teorías de Muñoz Torrero en BARRIO GOZALO, Maximiliano, *El Real Patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen (1556-1834)*, p. 84, y las de Omar TALON en el *Traité de l'autorité des rois touchant l'administration de l'église*, p. 227-303, citado por MARTÍN GAITE, Carmen, *Macanaz, otro paciente de la Inquisición*, Madrid: Taurus, 1975 (1969), p. 97.

uno de los mayores enemigos de la Iglesia española de la época moderna resulta ser, paradójicamente, el Estado que simboliza su católico rey. Una conclusión que obliga, en ocasiones, a sofrenar la pluma, por miedo a algún que otro tirón historiográfico. No queda sino felicitar al profesor Barrio Gozalo y desear que estudios similares se centren

en la edad media y en la más rigurosa contemporaneidad del siglo pasado y que se recoja la sugerencia de su autor en cuanto a expandir este modelo de historia social del clero a otros sectores del mismo.

Montserrat Jiménez Sureda
Universitat Autònoma de Barcelona